

## V

### POR QUE NO SOY AUTOR DRAMATICO

Terminadas las vacaciones volvió a enviarme mi padre a Guadalajara, para que continuase mis rudimentales estudios.

De regreso en la ciudad tuve ocasión de asistir a las representaciones teatrales que daba en ella una notable compañía de aficionados, organizada allí mismo con el objeto de procurar útil solaz a la sociedad guadalajarensis, haciéndole conocer las mejores producciones del arte dramático contemporáneo.

Trabajaba esa compañía en un escenario de rústica construcción, y se servía de los elementos más primitivos para la ejecución de sus labores artísticas, como que las *decoraciones*, pintadas por un *escenógrafo* de brocha robusta y contentadiza, eran apenas indefinible simulacro de lo que pretendían *decorar*. Los demás accesorios corrían parejas con ellas.

Si se tiene en cuenta que los entusiastas jóvenes que constituían aquella asociación artística no habían visto representar a ninguna de las notabilidades dramáticas de la época, pues tan sólo si dos o tres de entre ellos conocían la capital de la república, en donde a la sazón arrebatában los aplausos de un público inteligente Margarita Escobar y su hijo político, Eloy Izásiga, Honorato Barriga y Juvenal Castro (notables discípulos del doctor Lorenzo María Lleras), forzoso se hace confesar que los actores de Guadalajara desempeñaban su ardua tarea con notable propiedad y desembarazo poco común. Así como contaban con el

estímulo de una abundante concurrencia que, ávida de diversión y poco experta en tales asuntos, no paraba mientes en ésta o en aquella impropiedad escénica de poca o mucha monta, nuestros cómicos se atrevieron a escalar con audacia inaudita las eminencias más o menos escarpadas del teatro francés y del teatro español de aquel tiempo, y nos dieron sucesivamente, a imitación de la compañía que trabajaba en Bogotá, *Treinta años, o la vida de un jugador* (que se repitió muchas veces), *Catalina Howard, Pablo el Marino, Los dos cerrajeros, Fe, Esperanza y Caridad, ¡Muérete y verás!, Los dos Virreyes, Macías, El Dómine Lucas* y otras muchas piezas, cuya enumeración sería larga. Después fueron representadas con buen éxito algunas obras del repertorio nacional de entonces, entre ellas: *Pascual Bruno, Elvira, Percances de un empleo, Jacobo Molay* y el inolvidable drama lírico de D. Felipe Pérez, *Gonzalo Pizarro*. La representación de esta pieza produjo un cisma en el enantes uniforme público guadalajarensé y la división consiguiente en dos bandos opuestos, el uno de los cuales, más despreocupado e innovador, aplaudió hasta el frenesí aquella producción literaria; mientras que el otro, muy timorato y asustadizo, tembló de horror y de espanto cuando vio aparecer en la escena a Jilma y a Zuma ataviadas apenas con el sumario *vestido* de plumas de las princesas incas, suelta sobre los hombros la caudal cabellera y cruzadas las desnudas y mórbidas espaldas por el carcaj colmado de emponzoñadas flechas. . .

Violentas discusiones suscitó en Guadalajara la representación de la pieza mencionada, pues en aquella época nuestra sociedad, menos dada al olvido de lo que constituye la esencia de la vida civil en sus relaciones con el orden intelectual, se preocupaba hasta donde era posible, habida consideración a su incipiente cultura, con asuntos de aquella naturaleza. Al fin triunfaron los partidarios de la indumentaria histórica, porque la oposición no se fundaba en razones serias, y ceder a insólitas exigencias de una pudicicia que de exagerada pasaba a ridícula, habría equivalido a

una abdicación de principios en materia de tanta trascendencia como la historia, y al consentimiento de los más absurdos anacronismos, como que, entre otras cosas, pretendían los opositores que Jilma y Zuma se presentaran en la escena con *traje de cola y peinado* a la moderna. ¡Qué horror!

No fue tan afortunada la compañía cuando le llegó el turno a *Matilde de Marán*, drama francés de los señores Eugenio Sué y Félix Piat, tomado de la famosa novela del primero de esos escritores, que corre con el título de *Memorias de una joven*. Como el nombre de Sué, anatematizado a menudo por la prensa ultramontana, era mirado con horror por muchas personas del lugar, al tratarse de la representación de aquella pieza, se levantó un clamor formidable; y la única audición que de ella se efectuó dio margen a mil incidentes desagradables y hasta originó la concitación de un duelo entre el director de la compañía, joven impresionable y puntilloso, y otro caballero estimado de esta sociedad. Recuerdo aún que el espectáculo, en cierto modo doble, supuesto que hubo drama en las tablas y drama en el patio, terminó a las cinco de la mañana, después de un aguacero extraordinario; y los concurrentes se retiraron a sus hogares cuando ya el sol alumbraba las calles y los expendedores de víveres y las aguadoras comenzaban a circular por toda la ciudad.

Con alternativas más o menos felices, la compañía continuó sus trabajos, hasta que la tremenda y prolongada guerra de 1860 vino a interrumpir intempestivamente sus útiles y civilizadoras labores, y muchos de los miembros de esa asociación tomaron parte en aquel movimiento político, de tan considerable trascendencia para Colombia.

\*

\* \*

En el número de aquellos jóvenes, entusiastas servidores del arte, se contaba como uno de los más distinguidos por su clara inteligencia, la jovialidad de su

carácter, lo original de sus ocurrencias y ciertas dotes nativas que lo hacían especialmente apto para el ejercicio de la profesión dramática, Lino Ricardo Ospina, hijo de Guadalajara.

Tuvo por padre Lino Ricardo al respetable caballero D. Lino Ospina, y como madre a una virtuosísima señora caucana, de familia notable, D<sup>a</sup> Francisca Silva. El anciano señor Ospina fue uno de esos hombres de honradez acrisolada, tipos vaciados en el molde de los varones antiguos, a quienes se cita en las poblaciones, largos años después de que han abandonado la escena de la vida, como modelos cumplidos de probidad legendaria. Refiérese de él que, siendo empleado de la hacienda pública por luengos años, en el curso de los cuales pasaron por sus manos sumas cuantiosas, nunca hubo motivo para hacer el menor reparo a su conducta inmaculada; y agregan personas contemporáneas de los sucesos, que habiendo perdido cierta vez una cantidad crecida, por causas que no es del caso expresar aquí, alarmada la autoridad política con los exagerados decires que llegaron a su conocimiento en esa circunstancia, como que la maledicencia humana aprovecha solícita todos los elementos perversos que la casualidad o la desgracia ponen a su alcance para dañar, se dirigió sin demora a la oficina del venerable funcionario con el objeto de practicar en ella una visita extraordinaria. Efectuada tal diligencia sucedió que, no sólo no se echó de menos un centavo de lo que, según el estado respectivo, debía aparecer en dinero en las arcas del tesoro público, sino que resultó un sobrante en favor del señor Ospina. Sorprendido el magistrado visitante, no pudo prescindir de manifestar al respetable y probo servidor su complacencia, y agregó, como explicación de su contento, el relato de los rumores malignos que habían circulado en la ciudad a ese respecto.

—Es cierto, señor gobernador, contestó el íntegro administrador de rentas, con voz que ahogaban las lágrimas; es cierto que he experimentado una pérdida muy considerable, que acaso me reducirá a la miseria;

y para poder hacer frente al desastre ocasionado por esa desgracia, mi buena esposa ha tenido que sacrificar sus joyas de familia, y mis hijos y yo, prendas que tenían para nosotros el sagrado valor de recuerdos queridos. Pero, ¿tocar yo un centavo de los dineros confiados a mi guarda, para salvarme de la ruina?... ¡Antes que cometer esa acción infame, mi mano se habría secado, señor gobernador!

Esos fueron los hombres que en tiempo ya lejano y para siempre desaparecido formaron el orgullo del partido conservador de Colombia: ¡Hombres de probidad sublime; hombres de ideal!...

Lino Ricardo, a quien, con motivo de ser homónimo de su padre, se llamó familiarmente en la ciudad *Linito*, acompañó algunos años al noble anciano en las labores de la oficina; pero cuando hubo llegado la fogosa juventud y la sangre hirvió en sus venas al calor de un temperamento impresionable, fue uno de los cachacos que más se divirtieron y bromearon en aquel tiempo, tan diferente del actual; y tras de aventuras curiosas y muy originales, que dieron la medida de su genio travieso y jovial, y le granjearon la reputación de *muchacho terrible*, ingresó en la compañía dramática de aficionados cuya historia sumaria dejó escrita.

Fueron los papeles cómicos la especialidad artística de Lino, y en ellos obtuvo triunfos inolvidables. Para personificar padres y tíos de comedia, viejas de sainete, solterones ridículos, ancianos candorosos y otros tipos del mismo jaez, no tenía semejante. Años después vi trabajar graciosos ilustres en los primeros teatros de Europa y de América: ninguno de ellos logró desvirtuar las impresiones que en mi ánimo de niño dejó Lino Ricardo.

Por de contado, en la práctica de la noble profesión del teatro, así Lino como los demás jóvenes que lo acompañaban, más se proponían divertirse y trabajar en pro de la cultura social, que lucrar por ese medio. Lo contrario sucedía, pues más de una vez tuvieron que cubrir de su peculio privado el *déficit* que resultó.

en contra de la compañía por exceso de gastos en alguna representación de aparato escénico superior a los recursos del lugar.

Después de la guerra de 1860 murió el anciano D. Lino, y su hijo experimentó, como era natural, inmensa pesadumbre. Esta circunstancia y algunas otras, que amargaron en modo indecible la vida del espiritual joven, lo decidieron a ausentarse del país natal y se trasladó a Medellín. En aquella hermosa e importante ciudad unió su suerte a la de una bella y virtuosa señorita, que endulzó la existencia, no siempre exenta de pesares, del simpático artista. En Antioquia, como en su valle nativo, Lino Ricardo ha dado repetidas y valiosas muestras de su inteligencia y de su laboriosidad, ya como artista dramático, ya como escritor público, o como empleado, en puestos de alguna consideración; y allá, en suelo extranjero aunque hermano, se ha señalado muy particularmente por los servicios y atenciones con que ha favorecido a sus compatriotas y amigos que han visitado por placer o por negocios la opulenta capital antioqueña, o han ido a ella, arrojados por los vientos de la proscripción o de la desgracia. Cuanto a su conducta privada, Lino ha sido irreprochable: mal podría haber dejado de ser un cumplido caballero, noble amigo y buen ciudadano quien tuvo como padre al antiguo administrador de rentas de Guadalajara.

Vióse privado Lino de la triste satisfacción de encontrarse en su ciudad nativa cuando la virtuosa señora a quien debió el ser dejó de existir. Fue, acaso, esta dolorosa circunstancia una de las mayores aflicciones que han amargado su vida. Aún reside este noble amigo en Antioquia, donde generalmente se le ama como él lo merece. Cuanto a nosotros, sus compatriotas, sus hermanos en el culto del sentimiento y en la religión del arte, siempre deploraremos no verle a nuestro lado, en el suelo patrio, del cual es modesta pero valiosa honra.

\*

\* \*

El espectáculo de las representaciones teatrales de que hablé antes ensanchó considerablemente la órbita de mis ideas de muchacho impresionable; acrecentó las quiméricas ficciones de mi fantasía y descorrió el velo que cubría horizontes ignorados por mí hasta entonces, en los que se ofrecían a mi vista de una manera confusa la historia y la existencia de las sociedades, con sus tradiciones de hechos heroicos y crímenes abominables, vicios y virtudes, nobles pasiones y miserias repugnantes, grandeza y decadencia... todo aquello en el desajuste y enmarañamiento que son de imaginarse si se tiene en cuenta mi completa ignorancia en esa suerte de asuntos. La impresión compleja que recibí con aquel motivo fue tal, que ya no pude pensar en otra cosa que en dramas y comedias. La vida real que me rodeaba me pareció la cosa más insípida del mundo; y, contrariedad insoportable, eso de tener que tratar a diario con individuos que nada tenían de románticos y distinguidos. Por lo mismo, mi acalorada mente no pudo volver a concebir la existencia sin el cortejo obligado de grandes exclamaciones de dolor o arranques furibundos del más trágico alcance; crímenes pavorosos, duelos sin cuartel y odios implacables; en una palabra, todo el conjunto de elementos espeluznantes que constituían la armazón de los dramas sangrientos de aquella literatura siniestra de veneno y puñal.

Construí un teatrillo, el cual decoré lo mejor que me fue dado; hice figurillas que habilité con el título de actores, y me entregué con pasión al oficio de *titiritero* para hacer representar a aquella comparsa de *fantoches* todos los dramas y sainetes que había visto ejecutar a la compañía guadalajareense. Cuando se me agotó el *repertorio* conocido, apelé al recurso de inventar *piezas*, las cuales, innecesario es decirlo, eran monstruosas imitaciones de las piezas que más me habían impresionado por sus detalles terríficos. No

pocas veces fui ayudado por mi querido Carlos en esa singular tarea, que correspondía en modo tan completo al estado de nuestro ánimo en aquella época.

Después no me satisficieron las figurillas, y *representé* personalmente durante mis cortas permanencias en "La Isla", acompañado de los chicos, a quienes elevé a la conspicua categoría de cómicos, distinguiéndose entre ellos el notable *Benedo*, por la exageración de su mímica simia y el gracejo original de sus ocurrencias de pillastre callejero. Uno o dos de entre nosotros se vestían de damas, ataviándose con lo que se hallaba a la mano, ropa o andrajos; los demás éramos todos galanes; y el principal resorte dramático de las composiciones que, literalmente, improvisábamos en el momento mismo de la representación, sin que las precediese plan ninguno, lo constituían las puñaladas con que a más mejor y por un "negros tienes los ojos", nos repartíamos sin misericordia. La escena final era conocida: todos, inclusive las damas, quedábamos tendidos como en un campo de batalla; ni más ni menos que en esos famosos dramas de capa y espada de que nos habla Larra, en los cuales todos los personajes mueren, hasta el apuntador.

Transcurrido un corto espacio de tiempo, y de vuelta otra vez a la ciudad, decidí dar una forma mas consistente y tangible al desarrollo de mi monomanía por las tablas. Reunidos Carlos, Enrique, Celestino, Samuel, Sergio, Ignacio y otros compañeros de infancia, me vi colocado de lleno en un elemento más propicio para la práctica de mis propósitos teatrales. Como éramos estudiantes externos, por las tardes nos congregábamos en una pieza de mi casa de habitación, separada por un gran patio de los departamentos interiores. Yo poseía un bastón viejo con estoque, que había pertenecido a mi padre cuando era objeto útil; y era ésta el arma preferida para los duelos que a cada instante se efectuaban en los dramas que improvisábamos.

Un día concebí el atrevido pensamiento de escribir una comedia. Idearlo y hacerlo fue todo uno. Ya yo había cometido un novelicidio intitulado *Carolina*.



Acumulé allí tantos disparates, que de ello no ha quedado en mi memoria sino algo como el recuerdo de la borrachera que nos proporciona el primer cigarro que fumamos en la vida. Escribí, pues, con mis garrapatos de entonces un zurcido de escenas extravagantes, sin plan ni objeto, naturalmente, el cual encerré en los límites de un solo acto, no obstante que entre el principio y el fin mediaban quince años, y lo bauticé con el pomposo nombre de *Don Juan*. ¿Por qué? Nunca he podido explicármelo, pues en aquella época lejana ni sospechaba que en los anales de la humanidad figurara como personaje legendario aquel amador insigne (*Don Juan*) ni tenía noticia de Lord Byron y mucho menos del famoso poema que con ese título conoce todo el mundo. Es lo cierto que el tal protagonista de mi comedia era un maestro de escuela; recuerdo que la dama llevaba el estrafalario nombre de *D<sup>a</sup> Petrocola*; un criado se llamaba *Quitrin*, y todos los personajes morían violentamente en el embrollado curso del único acto, sin quedar ni uno para semilla; con la circunstancia agravante de que no sólo morían todos, hasta el apuntador, sino que el protagonista resucitaba dos o tres veces y volvía a morir otras tantas.

Habría sido título más propio para mi comedia el de *¡Llueven estocadas!*, pues apenas si hubo batalla campal en las antiguas edades en que más cuchilladas se repartieran. ¡Virgen Santísima! ¡Si aquello era una matanza atroz!... Hondamente impresionado con las carnicerías de algunos dramas de Dumas, de Bouchardy o de Zorrilla, que había visto representar, se me desarrolló tal cuchillomanía en mi condición de autor dramático, que si a mi bisabuelo lo sacaba a la escena, ¡no había misericordia! Mi bisabuelo moría apuñalado. Derramar sangre era para nosotros el *nec plus ultra* de los efectos escénicos, y ante él todo lo demás nos parecía insípido y sin gracia. Por supuesto, el estoque aquel de marras, si bien guardado en la caña, hacía el gasto principal en mis manos: los otros blandían espadas de madera, y asesinaban o se batían con puñales de hoja de lata.

Cuanto a vestidos y decoraciones, ocurrimos a un expediente que nos dio los mejores resultados. Hé aquí cómo sucedió eso: había en uno de los patios interiores de la iglesia parroquial de la ciudad una construcción baja, dividida en cuartos reducidos (a manera de celdas), la cual denominaban el *Beaterio*. Antiguamente residían en ella algunas ancianas piadosas, por lo regular consagradas a la oración, en completo retiro. En el tiempo a que me refiero no habitaba nadie en el beaterio; pero uno de los cuartuchos, cuya puerta apenas permanecía entornada, había sido destinado para depósito de santos viejos, ornamentos deteriorados y vestiduras sagradas inservibles. Indudablemente, allí había prendas contemporáneas de la fundación de Guadalajara, medio perdidas ya bajo el doble y secular manto del polvo y de las telarañas.

En virtud de informes suministrados por Carlos, quien, en razón de ser vecino de la iglesia, sabía a qué atenerse sobre el particular, hicimos en ese cuarto abundante cosecha de vestuarios y decoraciones. Entramos por el solar de la casa de aquel amigo, escalando una tapia derruida que separaba los dos predios, y saqueamos a nuestro sabor aquel museo de antiguallas eclesiásticas.

Carlos cargó con dos casullas negras, raídas por el tiempo y destrozadas por la polilla, que había trazado en ellas los más complicados arabescos; Celestino, con una alba y dos manípulos de tela bordada; Enrique e Ignacio querían despojar de su vieja túnica, de un morado marchito, a una antiquísima efigie de Jesús Nazareno, que nos miraba tristemente con su faz cárdena, coronada de rizos de negros cabellos ensangrentados; y yo recogí un montón de estolas, cíngulos y bonetes que encontré trasegados en una alacena colmada de cucarachas que, al ser abierta, despidió un hedor insoportable... También *se fueron* con nosotros, la mitra carcomida de un San Agustín entregado al olvido y a los ratones, y dos capas amarillas con vueltas negras, que debieron de servir a San José y a la Virgen en su escapada a Egipto. Inútil

agregar que aquel sacrilegio lo cometimos temblando; pero como antes de perpetrar el saqueo habíamos deliberado sobre si aquello sería pecado o no, decidiéndonos al fin por lo último, en razón de que se trataba de unos cuantos trapajos abandonados, no quedó peso ninguno en nuestras conciencias. Volvimos, pues, a salir como habíamos entrado y guardamos en mi cuarto el valioso botín.

Curioso espectáculo presentábamos en la tarde de ese mismo día, ataviados damas y galanes de *Don Juan* con los despojos del beaterio. D<sup>na</sup> *Petrocola* se hizo ampuloso traje con las dos capas amarillas de la Huida a Egipto; una estola morada ciñó su frente, una casulla negra con franjas y ribetes blancos, de esas que sirven a los sacerdotes en las ceremonias de funeral, la sirvió de manto. Por el mismo estilo quedamos los demás, es decir, de retratarnos; y una vez preparados de tan estrambótica manera, sonó el pito, fuimos saliendo todos de un rincón lleno de trastajos desvenecijados, que hacía de vestuario, y... ¡llevan puñaladas!

Quedamos encantados con la representación; pero yo, temeroso de destruir el buen efecto producido, me abstuve de revelar a mis amigos quién fuese el autor de la comedia. Guiado por un instinto certero acerca de la manera como está constituido ese músculo caprichoso, exigente y voluble que se llama corazón humano, les dije que aquella pieza la había copiado de un libro que mi padre guardaba en su habitación y no consentía que lo sacaran de allí. Mis compañeros me creyeron sin ninguna dificultad, pues todos eran tan letrados como yo. Sin embargo, como la hinchazón de la vanidad de autor me tenía ya al canto de reventar, no trascurrió mucho tiempo sin que revelase a Carlos la verdad. Carlos transmitió mi confidencia a Sergio, que era uno de los miembros formales y graves de la compañía, y éste le dijo con mucha seriedad, que ni que se le juraran sobre un Santo Cristo, lo creería. ¡Felices tiempos de inocencia y candor!

Don Juan fue representado por la vigésima vez, ¡oh poder de la vanidad infantil!, en plena sala de la casa de la familia de Enrique, que denominaban el balcón, por ser la única de esa calle que tenía un piso alto, y en presencia de setenta o más personas de ambos sexos, que rieron hasta desternillarse ante aquella matanza dividida en escenas. Todavía me acuerdo del entusiasmo con que en la mañana de aquel día nos dirigimos a los bosquecillos de arrayanes y alisos que crecen al oriente de la ciudad, para traer ramas, musgo y flores, que formarían parte de las decoraciones enriquecidas con una ventana de cartón, suministrada para el efecto por un joven carpintero, amigo nuestro.

El obsequio que con esa ventana se nos hizo fue causa indirecta de que dos sujetos notables de la ciudad tuvieran conocimiento de nuestras hazañas teatrales, y un día me llamaron a casa de uno de esos señores para que, como director de la compañía, les mostrara nuestro repertorio y les expusiera nuestros proyectos. Con el desenfado y la presunción propios de la niñez, no tuve embarazo en mostrarles a *Don Juan*, y les confié el manuscrito de otra barbaridad que yo había perpetrado con el título de *Elena*. ¡Oh! ¡Cómo rieron aquellos caballeros!... Creo que si Dios no los hubiera llevado a su lado hace ya luengos años, todavía estarían riendo.

Pocos días después me devolvieron los manuscritos; y como mi condición de muchacho no hubiera sabido retenerlos, dieron rienda suelta a su hilaridad al hacer en mi presencia el análisis de mis famosas comedias, que calificaron con los epítetos más burlescos. Esa misma tarde las arrojé al fuego; y despechado con aquel fiasco, juré no volver a escribir nada para el teatro, siendo ésta la razón por la cual no soy autor dramático.

Aquellos buenos señores eran fanáticos por todo lo que se relacionara con las tablas. Con este motivo y viendo nuestro entusiasmo, uno de ellos, acaso el más joven y decidido, se encargó entonces de dirigirnos, y nos reunió a otros amigos o condiscípulos, Gui-

lermo, Roberto y algunos más que no recuerdo. Con esos niños representamos en otra casa particular *El Pastor*, gracioso sainete español en el cual Roberto desempeñó a las mil maravillas el difícil papel de protagonista. Era cosa de morir de risa cada vez que, increpado por el dueño del rebaño para que pagase el cordero perdido, contestaba con la sorna inimitable de un pícaro consumado: *¡Beeh, beeh, beeh!* ni más ni menos que un borrego en carne y lana.

Después representamos en casa de nuestro nuevo director *El triunfo de Juanita*, comedia en tres actos, suministrada a la compañía por el simpático y popular Lino Ricardo Ospina. En *El triunfo de Juanita*, me correspondió a mí hacer el papel de dama joven, bien que a la señora encargada de peinarme como era debido le costó sudores arreglar en la forma conveniente mis recios y profusos cabellos de aquel tiempo. Carlos hizo de galán preferido, y Sergio, de pretendiente chasqueado; y deploro no tener el talento y la gracia de un Aureliano Scholl, para referir con todos sus pelos y señales el incidente más que ruidoso que provino de Carlos en los momentos precisos en que con más ardentía y vehemencia me patentizaba su vivísima pasión. Comilón como la mayor parte de los muchachos, cenó más de lo justo en la noche de la representación; y comoquiera que algún alimento traidor se hubiera propuesto aumentar más gases de lo necesario para dificultar la digestión, en una pirueta elegante del joven enamorado, partieron ellos con inusitado estrépito, y nada puede dar idea de la hilaridad de los numerosos espectadores que colmaban la sala, oír ese pe... tardo en instantes tan solemnes. Cuanto a Carlos, el valiente mozalbeta siguió en su ardorosa declaración, como si tal cosa. El señor director se puso verde como una hoja de plátano; apretó los puños; crujiéronle los dientes; y si no se murió de rabia fue porque Dios no quiso.

También fue pasaje risible, que divirtió en grande a nuestro público, el que ofreció Ignacio, que hacía

el papel de escribano, cuando, temeroso de perder el fruto de su trabajo, por haberse frustrado el matrimonio del pretendiente despedido, decía con voz lacrimosa y ademán desesperado, al tiempo en que corría en persecución del airado personaje:

—¡Ay pecuniam meam! De esta hecha volaverunt. Señor marqués, permítame usía, ¿y mi trabajo?

Para la representación de *El triunfo de Juanita*, contábamos con vestidos reales y efectivos, muebles verdaderos y hasta un telón de boca; todo proporcionado a la cuantía de los empréstitos forzosos hechos a los monetarios maternos, y por ministerio de las activas diligencias de nuestro director. Este buen señor, después de habernos ayudado eficazmente en nuestra empresa, acabó por darnos al diablo, en lo cual le sobró razón, pues con nuestras frecuentes travesuras e informalidades le ocasionamos muchos dolores de cabeza, y demostramos ser incapaces de someternos al espíritu de disciplina, indispensable en esas cosas.

Colmó el desastre el hecho de que nuestros padres y maestros empezaron a caer en la cuenta de que ya nosotros no pensábamos en otra cosa que en dramas y comedias, con notable detrimento de nuestros estudios. Aquello no podía convenirles.

Nuestro lenguaje mismo se resentía del estado de ánimo en que ese ficticio orden de cosas nos mantenía sumidos. “¡Cielo santo!”, exclamábamos con acento trágico si veíamos saltar una pulga; “¡Gran Dios!” nos hacía prorrumpir en ademán terrible el primer gozquecillo que se atravesase en nuestro camino, y ¡Maldición! ¡Desventura eterna! ¡Justicia Divina! gritábamos en todo momento y en las circunstancias más sencillas de la vida ordinaria...

De aquello a la locura no había sino un paso: nuestras familias resolvieron que no lo diésemos. Entonces nos desbandamos todos, como palomas a quienes el gavilán ahuyenta del campo amigo. Fue así como concluyó mi efímera vida de autor dramático en agraz, sin dejarme otra cosa de sus variadas y festivas peripecias que el lejano y melancólico recuerdo, que acaso habrá muerto ya en la mente de mis pocos amigos de esa época, y mañana se extinguirá también con mi memoria.